



Cannes conmemora este año su veinte aniversario. Transcurrida la primera semana de Festival, el film con más probabilidades para conseguir la Palma de Oro es «Campanadas a medianoche», realizada en España enteramente por Orson Welles.

«La ragazza con la valigia». Gina comienza a declinar.

El Festival de 1962 se abre con un nuevo incidente. De «Boccaccio 70» ha sido cortado por Ponti el episodio de Monicelli. Germi y Antonioni se solidarizan con su compañero, negándose a asistir a las proyecciones de sus films respectivos «Divorcio a la italiana» y «El eclipse». Un cronista sentencia: «Todo el mundo está de acuerdo en que la fórmula que dio brillo y boato a los últimos Festivales ha muerto». Sin embargo, ese año en Cannes hay concentración de famosos: Harold Lloyd, Mónica Vitti, Jeanne Moreau, Jean Claude Brialy, Glenn Ford, Gene Tierney, Walter Pidgeon, Ulla Jacobson, Bernard Buffet, Mel Ferrer, Curd Jurgens, Natalie Wood, Otto Preminger, Robert Bresson, Romy Schneider, Alain Delon, Marina Vlady... Contra todo pronóstico, consigue la Palma de Oro un folletinesco y convencional film brasileño: «El pagador de promesas». El excelente «El verdugo», de Berlanga, representa a España.

El escándalo más estrepitoso que se recuerda en Cannes fue durante el reparto de premios de 1963. El ministro de Información, Peyrefitte, fue interrumpido por abucheos durante su lectura. Se quiso agradar a todos y nadie quedó convencido. Indiscutible, la Palma de Oro para «El gatopardo» viscontiniano. España presenta «El buen amor», de Regueiro. Georges Sadoul y Luis Buñuel hablan muy bien de la primera obra de este joven realizador español.

«Los tarantos», «Los felices 60» y «La niña de luto», que obtiene una mención del Jurado a «opera prima», son los films que representan a España en 1964. Cannes trata de enseñar una nueva fórmula: sin renunciar a la «mundanidad», prefiere invitar a los realizadores para que hablen de sus películas, aunque las estrellas sigan estando en el escaparate en la parte más vistosa. Con ruidosas protestas se recibe la Palma de Oro para

«Los paraguas de Cherburgo». Un espectador de las primeras filas, parodiando la forma del film, canta su protesta.

1965 marca un giro decisivo en la tónica del certamen francés. Frente a la «austeridad» impuesta por Chiarini en Venecia, Favre Lebrat se decide a hacer el más mundano de los Festivales. Invita a la cantante Sheila para promocionar nuevos «fans», nombra presidente del Jurado a una estrella de Hollywood: Olivia de Havilland, e invita a toda la familia de James Bond: Sean Connery, que se presenta con una película anti-Bond; Ursula Andress, que se convierte en la bomba de las superestrellas, promocionada vertiginosamente ese año; Claudine Auger, tras los pasos de Ursula; Carroll Baker montó su particular «shows» pretendiendo revivir a Harlow. Se premia a dos actores jóvenes: Terence Stamp y Samantha Egger. Consigue la Palma de Oro «The Knack», de Lester, el realizador de las películas de los Beatles. España presenta «Los pianos mecánicos» y «El juego de la oca». Vuelve Regueiro, esta vez a la semana de la Crítica, con su segundo film: «Amador». Durante los quince días del Festival se proyectaron 158 films en el «Marché du film», 30 a concurso, 8 a la semana de la Crítica, más las proyecciones privadas.

Y este año, vuelta a empezar. Con veinte años a la espalda, Cannes sigue adelante.

J. G. D.
(Fotos ARCHIVO)

EN EL PROXIMO NUMERO CANNES: 66

UN EXTENSO REPORTAJE
SOBRE EL FESTIVAL
CINEMATOGRAFICO DE
NUESTRO ENVIADO ESPECIAL

CESAR SANTOS FONTENLA

CANNES, 66

VIGESIMO aniversario. El Festival se replantea, hasta cierto punto, el modo de su supervivencia. Cannes ha sido, en su «gran época», el prototipo del certamen mundano, punto de cita de las estrellas más en boga, cuna de las «starlettes» como fenómeno social. En los últimos años, debido en parte a la proliferación excesiva de este género de manifestaciones, en parte al ejemplo de Venecia, las cosas habían ido cambiando. En el aniversario parece haberse tendido a volver a los fastos de antaño. Poner a Sofia Loren a la cabeza del Jurado Internacional es un modo de asegurar su presencia durante quince días. Reanudar con la tradición de las fiestas ofrecidas por las diversas delegaciones nacionales, es otro modo de contar con una serie de figuras, más o menos populares, sobre las que, desde su tierra de origen, puede hacerse presión. Por otra parte, y aniversario por aniversario, se ha montado, coincidiendo con el del Festival y con el quincuagesimo del cine, una fabulosa exposición que hay que agradecer a Henri Langlois, alma de la Cinemateca Francesa, a quien un día debería ofrecerse, a escala internacional, el homenaje que sin ningún género de duda está pidiendo a gritos su gigantesca figura. Toda clase de documentos, que van desde la prehistoria del cine a su historia más reciente: desde un panel original del decorado de «Caligari» al uniforme de Von Stroheim en «La marcha nupcial»... Ya sería digna de admiración la exposición en tanto que fenómeno aislado, susceptible de haber consumido la vida de un hombre hasta llegar a término. Pero cuando se piensa que no se trata sino de una mínima parte de lo que Langlois ha conseguido reunir, y que además la Cinemateca da cuarenta y dos sesiones diferentes por semana a lo largo de todo el año, se queda uno boquiabierto.

Llegada la mitad del Festival, la fatiga empieza a aparecer en todos los rostros, el entusiasmo de los primeros días decae, la excitación de los últimos no ha comenzado aún. «Doctor Zivago», fuera de concurso, es el film al que le ha correspondido llenar una jornada de descanso que los asistentes, periodistas o no, estaban necesitando. De lo presentado hasta ahora, «Campanadas a medianoche» sigue siendo lo más importante. Puede llevarse la Palma de Oro, a no ser que el Jurado piense que, puesto que Welles ya tuvo premio en Cannes con película shakespeariana —«Otelo»— se limite a darle su premio especial. En cualquier caso, parece seguro que España —Welles ha rodado su film íntegramente en nuestro país— figurará en el Palmarés. Aparte el film de Welles, otros dos de nuestra nacionalidad se han exhibido en el Festival. Fuera de concurso, en la Semana de la Crítica, «Fata Morgana», de Vicente Aranda, basado en un relato de Gonzalo Suárez. Se trata de una obra que se sale por completo de los caminos trillados de nuestro cine, en la que se experimenta con una serie de posibilidades que aboquen a un cine de ruptura, ajeno a cualquier tipo de planteamiento naturalista de la narración. Realizado en color —un color no natural—, el film es insólito y lleno de interés. Teresa Gimpera, rostro popularísimo en la pequeña pantalla, hace en él sus primeras armas cinematográficas y se defiende honorablemente en un papel que, por otra parte, le viene a la medida. En competición, «Con el viento solano», basado en la novela homónima de Aldecoa, dentro de una línea de búsqueda de un cine popular, destinado al gran público y realizado con medios. No ha sido, probablemente, un acierto el haber escogido el marco de Cannes para su lanzamiento internacional; Mar del Plata, donde Mario Camus tiene un prestigio bien ganado, habría resultado más adecuado. Gades, protagonista del film al lado de María José Alfonso, logra «pasar la pantalla» y se revela como una auténtica figura a la que no le falta mucho para estar cuajada. La noche de la proyección, en la fiesta que se celebró a continuación en el Hotel Martinez, se apuntó un triunfo personal como bailarín, en un espectáculo en el que intervino parte de su compañía. La Polaca y Calderas tuvieron también un gran éxito.

Al margen de la jornada española y del impacto de «Campanadas», no ha habido aún, en el marco del certamen, esa película que siempre acaba por aparecer y que divide apasionadamente las opiniones. «Tórrida», de Volker Schöndorff, antiguo ayudante de Louis Malle, es una de las favoritas en la carrera a por los premios. Luego, en la boca de todos, «La religión», aunque se hable más del «affaire» que del film en sí. «La guerra est finie» ha debido, por razones diplomáticas, quedar fuera del palacio del Festival. Cuantos la han visto —se ha proyectado antes de mi llegada, y se volverá a dar cuando esta primera noticia esté en la calle— aseguran que no se trata, en absoluto, de una película susceptible de ofender los sentimientos nacionales. Por otra parte, basta con conocer la obra anterior de Resnais para saber que, en ningún caso, podría haber habido en ella nada de panfletario. El Festival, en cualquier caso, no termina en el Palacio. Los cines de la rue d'Antibes proyectan, cada día, docenas de films interesantes en el cuadro del Mercado del Film. Serían precisas muchas más horas de las que se dispone para poder decir que no se ha dejado pasar nada interesante. Siete u ocho proyecciones diarias es el máximo obtenible. Máximo que, en general, es alcanzado por los españoles, hambrientos de cine y este año más numerosos que nunca, con presencia de representantes de todas las revistas especializadas además de los de la gran prensa. Hasta aquí esta primera nota de urgencia, hecha a vuelapluma. La semana próxima, con la relativa reflexión que permite la puesta en orden de notas tomadas precipitadamente, será otra cosa. Al menos hay que esperarlo así.

CESAR SANTOS FONTENLA
Cannes, mayo 1966